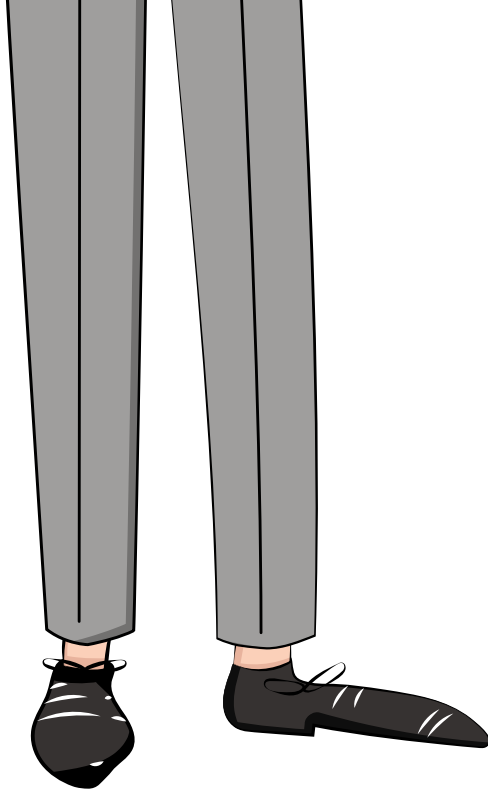




Marcela Fernanda Téllez Pedraza

# **TODO ESTÁ... BAJO CONTROL**

ILUSTRACIONES | María Paula Garzón Melo



**Institución Universitaria  
Politécnico Grancolombiano**

Calle 61 N.º 7 - 69  
Tel: 7455555, ext. 1516  
Bogotá, Colombia

© 2025. Todos los derechos reservados.  
Primera edición, diciembre de 2025

**Todo está... Bajo control**

eISBN: 978-628-7840-39-3

**Autora**

Marcela Fernanda Téllez Pedraza

**Diseño e ilustración**

María Paula Garzón Melo

**Editora académica**

Victoria Eugenia Peters Rada

**Equipo editorial**

*Director editorial*  
Guillermo Alberto González Triana

*Analista de producción editorial*  
Mónica Alejandra Quintana Rey

*Correctora de estilo*  
Ana Milena Cortés

Téllez Pedraza, Marcela Fernanda.  
Todo está bajo control / Marcela Fernanda Tellez Pedraza ; María Paula Garzón  
Melo, ilustradora. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico Grancolombiano., 2025.

24 p. ;il, col. 20x20 cm.

EISBN 978-628-7840-39-3

1. Obsesión en la literatura 2. Vacio existencial -- Cuentos cortos 3. Represión  
en la literatura I. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano II. Tít.

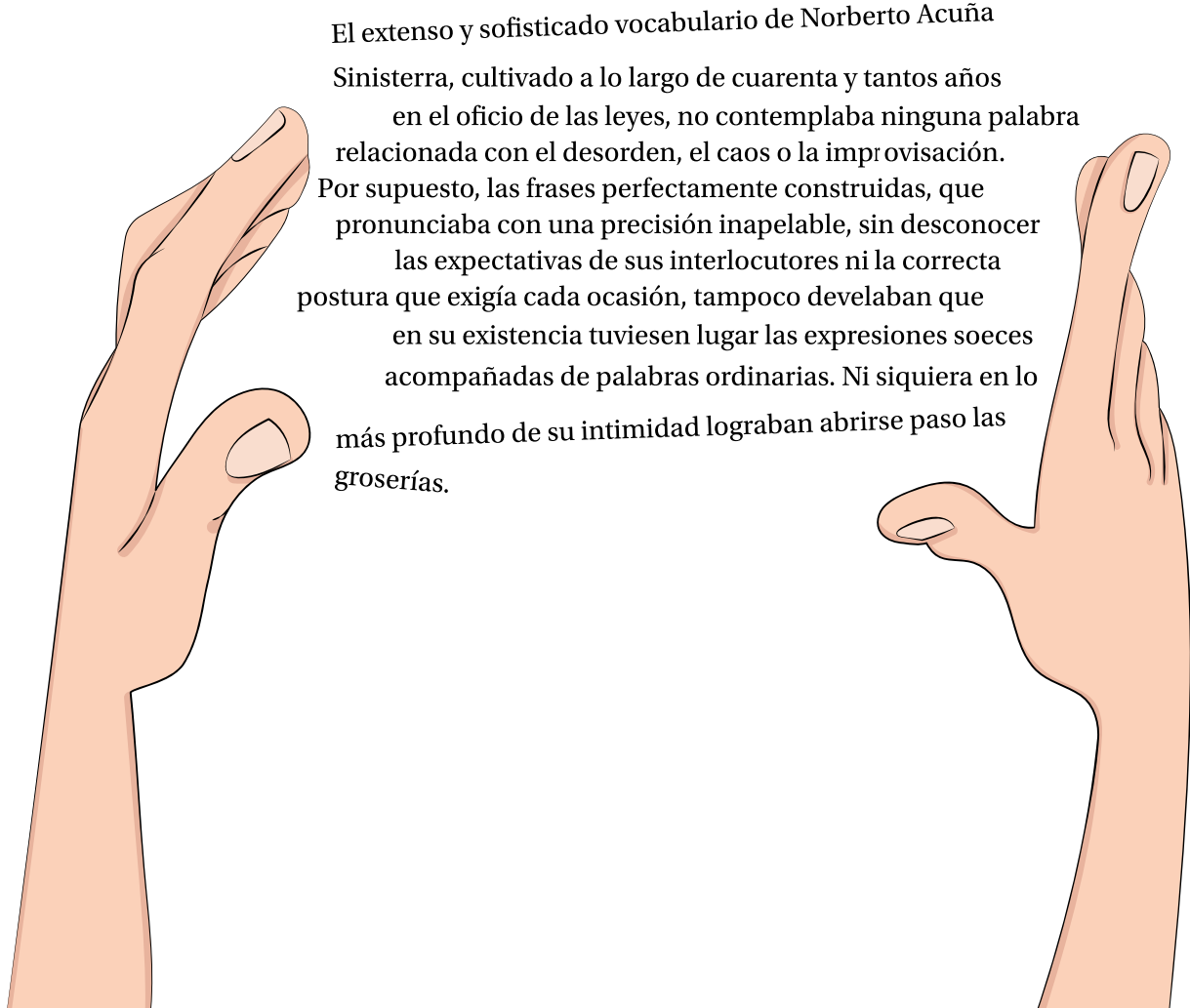
SCDD 863.01                      Co-BolUP

Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB  
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.

¿CÓMO CITAR ESTE LIBRO?  
Peters Rada, V.E. (Ed.) (2025). *Todo está... Bajo control*. Editorial Politécnico Grancolombiano.  
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Compartir igual.

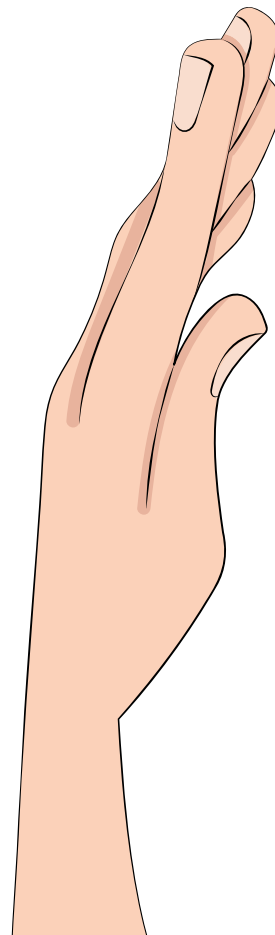


El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del (los) autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.  
La Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano pertenece a la ASEUC (Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia).  
El proceso de gestión editorial y visibilidad de las publicaciones de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano se encuentra certificado bajo los estándares de la norma ISO 9001:2015, con el código de certificación ICONTEC SC-CER660310.



El extenso y sofisticado vocabulario de Norberto Acuña Sinisterra, cultivado a lo largo de cuarenta y tantos años en el oficio de las leyes, no contemplaba ninguna palabra relacionada con el desorden, el caos o la improvisación. Por supuesto, las frases perfectamente construidas, que pronunciaba con una precisión inapelable, sin desconocer las expectativas de sus interlocutores ni la correcta postura que exigía cada ocasión, tampoco develaban que en su existencia tuviesen lugar las expresiones soeces acompañadas de palabras ordinarias. Ni siquiera en lo más profundo de su intimidad lograban abrirse paso las groserías.

malos hábitos  
desorden  
caos  
groserías  
improvisación

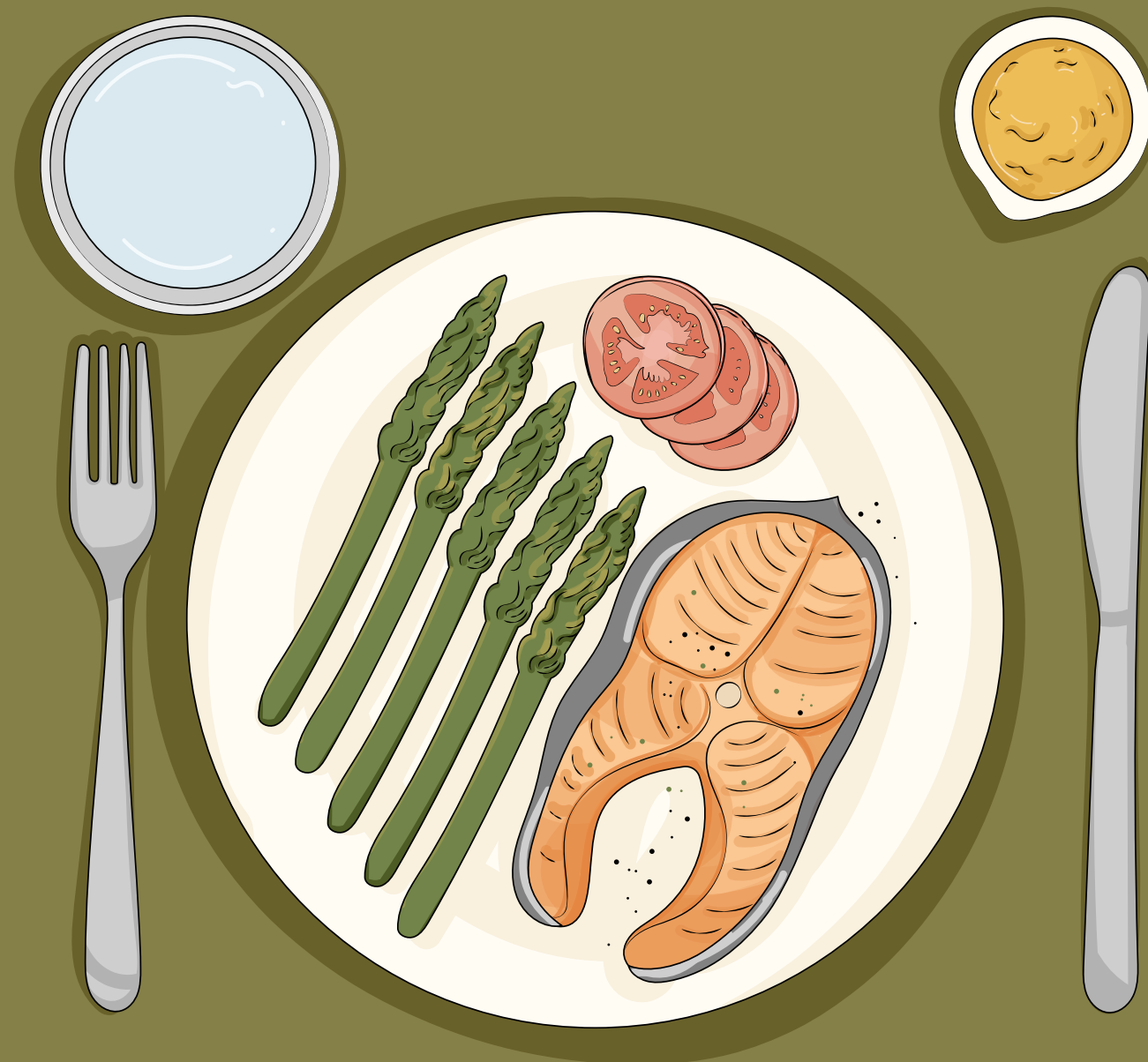


Desde niño había aprendido a apaciguar sus reacciones, conteniéndolas siempre, llevándolas a la medida, pero no de una manera forzada o premeditada, no, simplemente la falta de excitación —innecesaria, a su parecer— era una condición inherente a él.

Los sucesos que a otros ponían los pelos de punta y los llevaban a tener algún tipo de manifestación corporal eran recibidos por Norberto con una inexplicable serenidad; les dedicaba tiempo, pensaba en ellos, consideraba sus raíces, medía sus consecuencias, proyectaba sus efectos hacia el futuro y, solo en caso de ser necesario, emitía un comentario corto y concluyente.

Justamente por esa capacidad reflexiva que lo llevaba a tener todo bajo control, fue que destinó dieciocho semanas a planear todos los pormenores relacionados con la manera en que llevaría a cabo la decisión más importante de su vida: no seguir viviendo. No había razón alguna para prolongar la estadía en el mundo terrenal, tampoco lazos afectivos determinantes que lo condujeran a considerar que alguien se vería afectado por su ausencia; ni se vislumbraba alguna condición médica que, gracias a una evolución natural, lo acercara al final de su existencia.

Era un hombre sano, fuerte de huesos, sin afectaciones gastrointestinales, respiratorias, hepáticas, coronarias o neurológicas. Así lo confirmaban los exámenes de control que cada comienzo de año se practicaba y revisaba minuciosamente con el doctor Gonzalo Madero, su médico de cabecera por más de treinta años. Su estado físico era excelente, y no había que esperar menos, pues sus hábitos alimenticios contribuían a cabalidad: rutinarios, saludables, sin excesos; nada que fuera demasiado graso, dulce o salado; nada de salsas o condimentos muy marcados. Más bien podría decirse que su paladar era simple, aunque no funcionaba igual en relación con las bebidas: era exigente; solo tomaba agua pura, de preferencia la que él mismo filtraba y hervía en casa, y té.



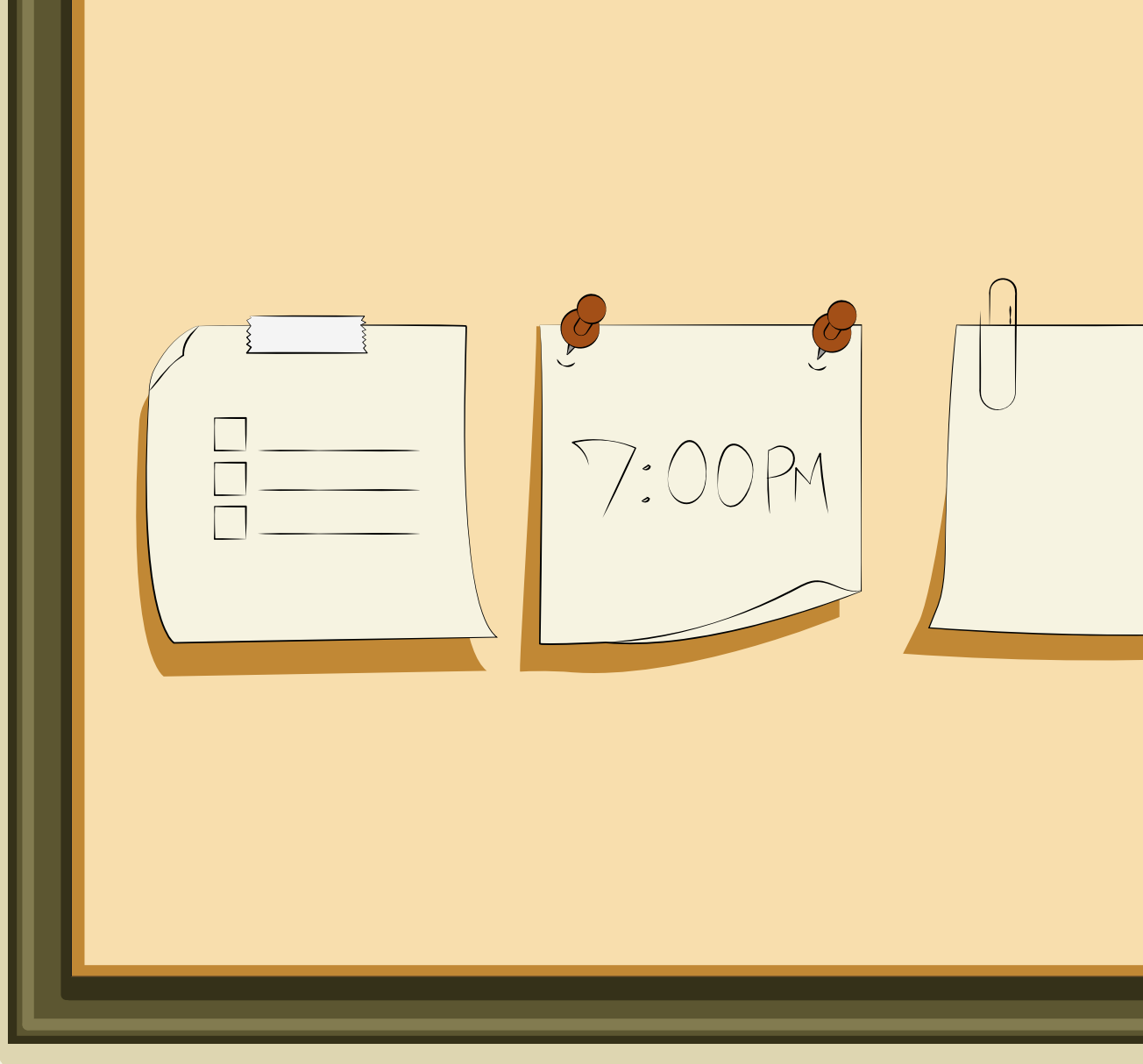


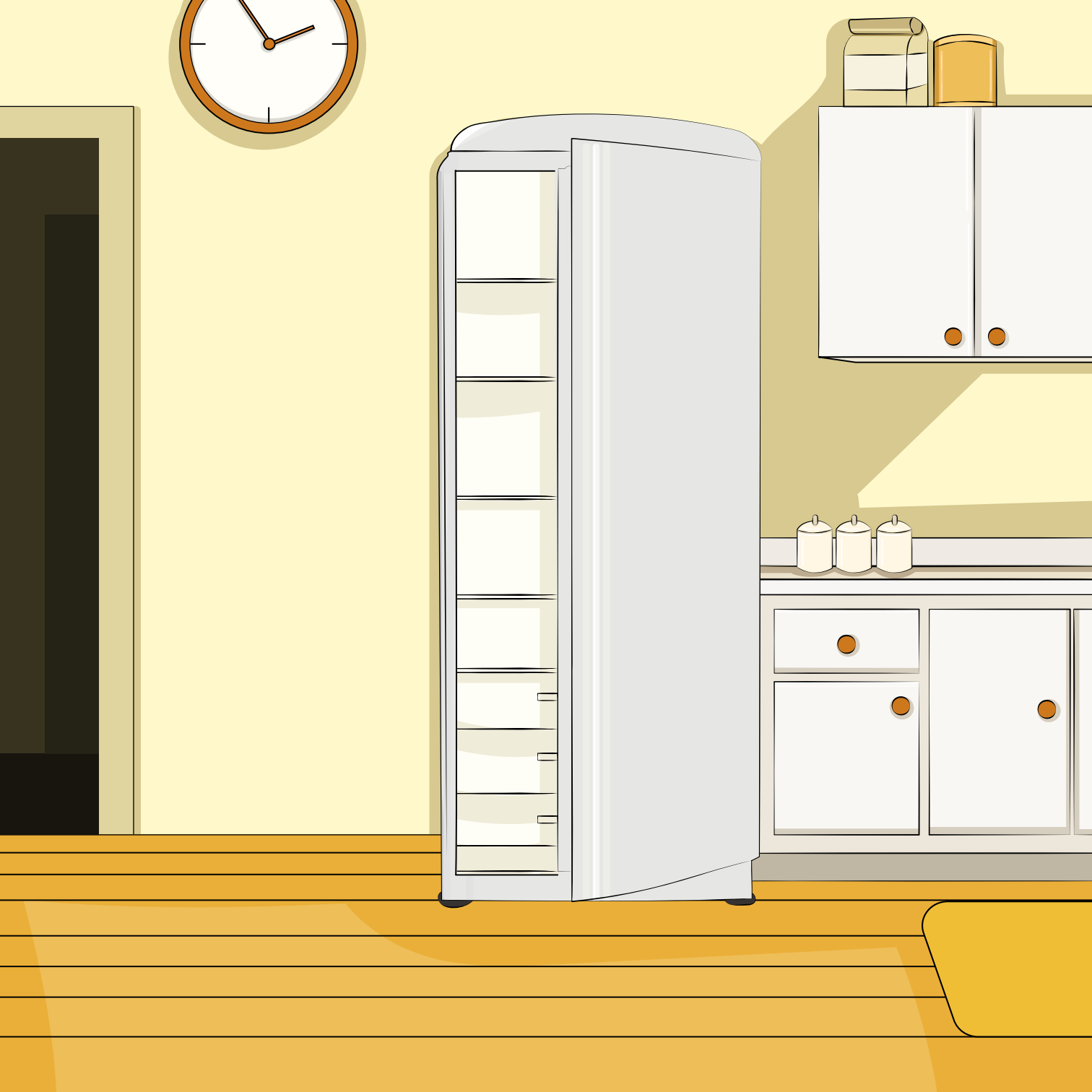
Cada día cumplía sagradamente con cuatro momentos destinados para tomar esta infusión: en las primeras horas del día, justo después de haber ordenado su cuarto, de haberse duchado y vestido con su tradicional pantalón de paño gris y su camisa blanca impecable; a las 11:00 a. m., mientras miraba a través del balcón de su apartamento ubicado en el décimo piso, y analizaba los pormenores del tráfico de la avenida que alcanzaba a divisar; a las 2:00 p. m., como complemento del almuerzo que él mismo preparaba siguiendo con rigor el menú que diseñaba para cada mes; y a las 6:00 p. m., cuando empezaba a cerrar su jornada dejando todo en orden y disponiendo cada objeto en su respectivo lugar. Libros, cuadernos, periódico, cargador, celular, controles remotos de televisor y DVD —que utilizaba para reproducir las mismas tonadas de siempre— quedaban perfectamente alineados y ubicados en un mismo sitio; nunca nada se extraviaba o estaba fuera de lugar en los 92,4 metros cuadrados que medía su piso.

Llegar, pues, a la decisión de acabar con su vida no fue algo complejo. Podría decirse que este desenlace lo había tenido en consideración desde hacía mucho tiempo. No era algo que lo atormentara ni que le robara el sueño a mitad de la noche; tan solo era un proyecto más de los muchos que se había trazado y concluido: remodelar la cocina, ampliar la biblioteca, viajar a algún lugar conocido por su patrimonio histórico, e incluso organizar, clasificar y rotular su colección de películas. No tenía prejuicios en relación con el significado de la muerte causada por las propias manos, así que, sin temores ni apegos, se dispuso a planear el final de su vida como quien asume una gran responsabilidad en la que se hace necesario tomar varias decisiones y llevar a cabo diversas actividades.

Eligió concienzudamente la fecha, la hora y el modo de morir e hizo un inventario minucioso, por medio de una extensa lista, de los pendientes que debía resolver antes del día indicado. Nada quedaría al azar; nadie tendría que lidiar con trámites engorrosos relacionados con la cobertura de un seguro. Como parte de sus tareas se había encargado de cancelar todos sus productos financieros, que no sumaban más de dos tarjetas de crédito y dos seguros que amparaban su carro y el apartamento. No debía mucho, el pago lo hizo en efectivo, directamente en el banco, y recibió a los pocos días el paz y salvo que lo exoneraba de toda obligación. Cerrado ese punto, pudo pasar a enfocarse en los aspectos logísticos de su plan.

La terraza, ubicada cuatro pisos más arriba de su apartamento, fue el lugar elegido. Saltar desde allí aseguraba una muerte rápida, quizá poco agradable para aquellos que tenían que realizar el trabajo de levantar el cuerpo, pero a las 7:00 p. m. —hora seleccionada por ser de poco movimiento en la calle donde estaba ubicado su conjunto— el suceso se opacaría un poco gracias a las condiciones de oscuridad. Subió varias veces para revisar el terreno, tomar tiempos de desplazamiento, identificar posibles contratiempos y hasta calcular el punto de caída. No dio por finalizada esta actividad hasta que estuvo completamente seguro de que nada incidiría en el adecuado desarrollo de su muerte.



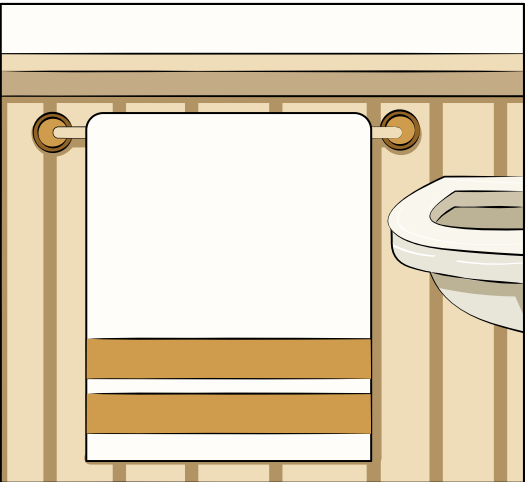
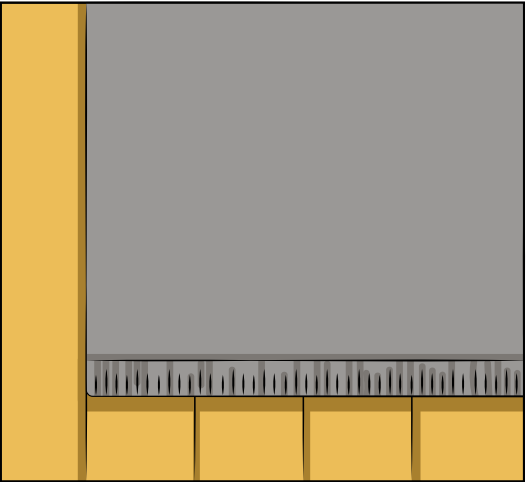
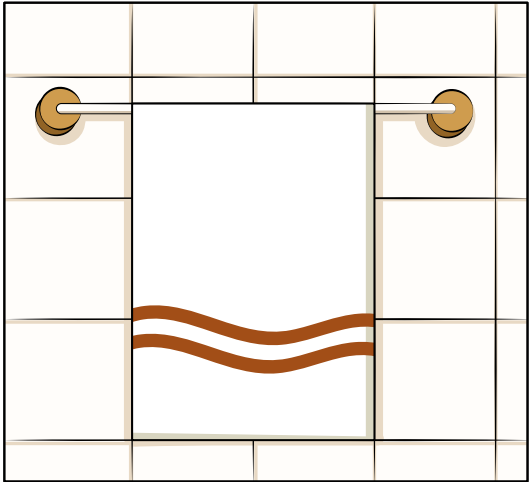


Una vez satisfecho con el resultado de sus análisis, prosiguió con otros pormenores: ir desocupando la nevera, el congelador y la despensa; sembrar sus cinco plantas en el parque más cercano; redactar y gestionar la remisión de algunas cartas en las que hacía entrega oficial de sus bienes mayores y menores; entre otros asuntos que garantizaban que podía dar el paso final sin tener que preocuparse de algún pendiente. Si algo lograba desencadenar cierto tipo de tensión en su carácter, era el hecho de pensar en la incertidumbre o en que una cosa, por más mínima que fuera, estuviese sin control; situación que en él era poco probable.

Con la llegada de la fecha seleccionada, se instaló en Norberto la típica sensación de seguridad que siempre lo acompañaba en los instantes previos a lograr sus cometidos. Se levantó temprano, como de costumbre, tomó sus alimentos a la hora habitual, leyó las noticias que le parecieron relevantes, y tomó sus tres tazas de té a las horas que tenía destinadas para ello a lo largo del día. Su momento del té era irremplazable, así como también lo eran cada uno de los pasos que surtía desde el inicio de la preparación hasta el cierre del ritual, consistente en dejar la cocina impecable.

Todas las veces hacía lo mismo: hervir agua en la tetera; tomar del mueble destinado para los pocillos, la taza negra sobre la que unas líneas blancas delineaban algo semejante a un laberinto; seleccionar la pequeña bolsa de té a utilizar e introducirla en la taza; observar cómo el agua hirviendo iba tomando un hermoso color rojizo; beber el té en el balcón; desechar la bolsita en el bote de basura; lavar minuciosamente la taza; secarla y dejarla guardada en el mismo lugar donde siempre permanecía.

Sobre las 4:40 p. m. de su último día dio comienzo a aquel ritual que nunca más volvería a repetir. Había medido el tiempo con exactitud y, gracias a ello, pudo revisar sin afanes todos los pormenores: en el baño las toallas de manos y del cuerpo, recién puestas para su uso, estaban colgadas de manera simétrica, ninguna esquina más larga que la otra; los tapetes de la salsa, de la entrada, del lado izquierdo de la cama, y nuevamente el del baño, se encontraban alineados con las líneas del piso de madera y las de la baldosa; la cocina daba la sensación de haber sido recientemente lavada y desinfectada, sin platos o cubiertos en el escurridor y sin siquiera una cuchara con restos de comida.







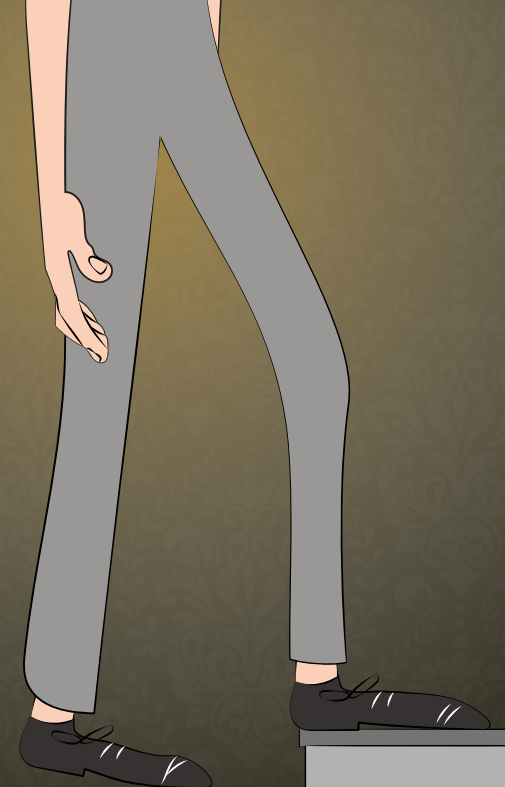
Después de dar su último sorbo a la bebida y cuando se disponía a lavar la taza, sucedió algo inesperado. El teléfono, que se encontraba ubicado sobre una pequeña mesa de madera al lado de la cocina, sonó, rompiendo con su timbre todo el equilibrio de una tarde que prometía avanzar sin sobresaltos. Una llamada en el apartamento de Norberto era justamente lo menos esperado, no en ese día en particular, sino en cualquiera de su existencia. Tuvo que dejar la taza aún sucia en el lavaplatos, con el poco de agua y jabón que le había alcanzado a aplicar. Tomó el teléfono inalámbrico de su base y se dispuso a atender la llamada.

Al otro lado de la línea, una mujer con voz joven, que se presentó de manera muy formal como Ana, lo arrastró a una conversación de la que no fue fácil escapar. Le ofrecía un servicio vital para esos días de tanta inseguridad por todos los rincones de la ciudad. Se trataba de un seguro que, por un costo realmente moderado y justificable, cubriría los gastos ocasionados en caso de que le fuese hurtado el celular. Norberto, que jamás se salía de sus cabales, escuchó atentamente el guion que la mujer seguía a la perfección. Sabía, por supuesto, que daría un no como respuesta, rotundo y respetuoso, tan pronto ella tomara un respiro en su monólogo y le diera paso a su voz. No obstante, algo logró romper la serenidad con que escuchaba. La mujer, por descuido o porque verdaderamente no tenía cómo validarlo, hizo referencia a la comodidad que tendría para pagar este servicio si autorizaba que la cuota mensual fuese descontada automáticamente de la cuenta de ahorros que tenía activa con el banco.

Norberto no soportó la imprecisión que esta mujer acababa de cometer y la interrumpió para hacerle ver que era inaudito estar desinformado de las dinámicas propias del trabajo, que la cuenta de ahorros que ella refería había sido cancelada hacía más de veinticinco días y que, en ese sentido, ella incurría en un grave error al desconocer las particularidades de sus potenciales clientes y prometer algo que no tendría cómo cumplir. Tras sus palabras contundentes, pero aún respetuosas, se dispuso a mirar el reloj que llevaba puesto en su mano izquierda y constató que había perdido algunos minutos; se afanó un poco, aunque era consciente de que esto no incidiría en la ejecución de su plan.

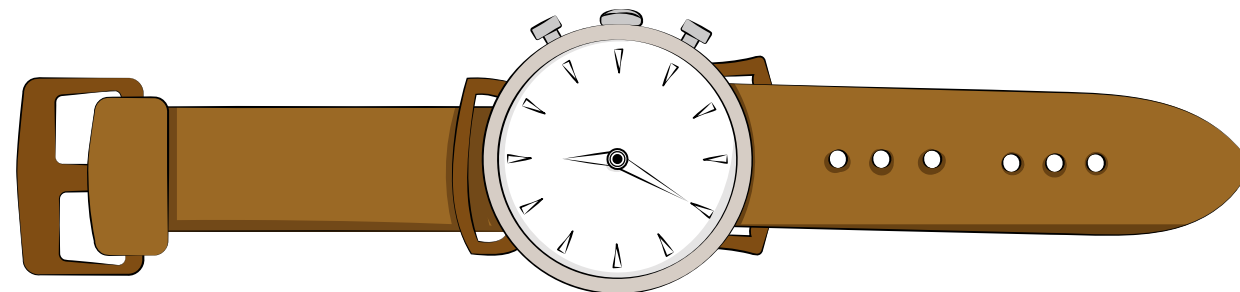
Después del pequeño altercado, colocó el teléfono en la base; pasó instintivamente la mano sobre la mesa de madera como si estuviera limpiando algo de polvo, aunque no lo había; fue hasta el clóset para tomar y colocarse su chaqueta de pana negra; se dirigió a la puerta de salida del apartamento; tomó las llaves que colgaban de la cerradura interior —que siempre reposaban allí como estrategia para reforzar la seguridad de una puerta que desde cualquier punto de vista sería inviolable—, y salió.

Se dirigió sin prisa y sin dudas hacia las escaleras que conducían a la terraza. Nunca contempló la opción de tomar el ascensor, los cuatro pisos que le separaban de esta le permitirían esquivar vecinos, mascotas e incluso guardas de seguridad, a quienes había estudiado en detalle, logrando concluir que de vez en cuando se escapaban, en horarios no predecibles, a tomar una pequeña siesta en el apartaestudio 1003, que estaba desocupado y a cargo de la administración, en espera de que su dueño resolviera unos pagos pendientes.

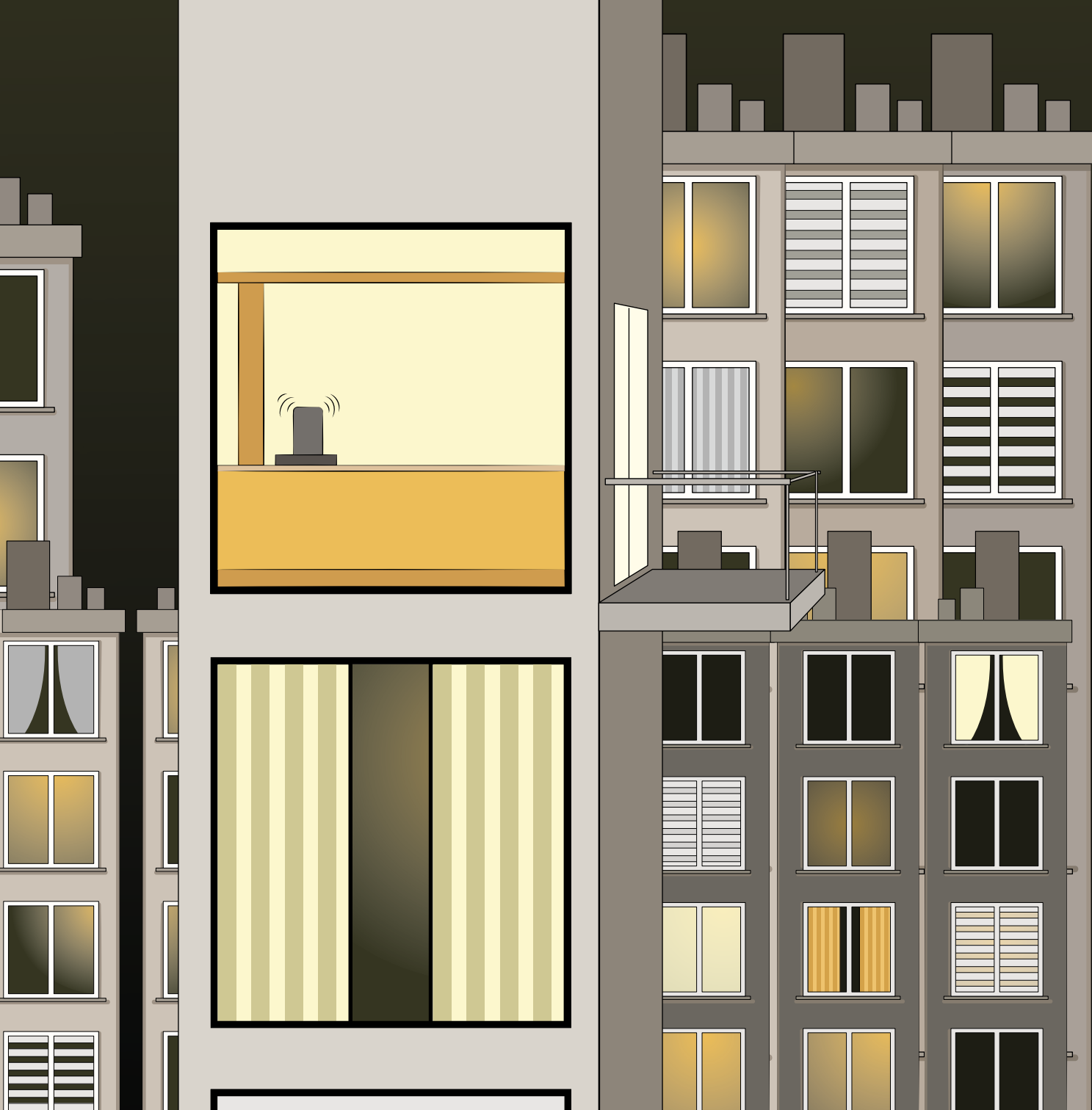


Cuando llegó a la terraza, sintió el aire frío de la tarde que se entrega sin reservas a la noche. Eran las 6:57 p. m. en su reloj, y esta constatación no hacía menos que devolverle una sensación de orgullo por su sentido de la excelencia en la ejecución de todos sus proyectos. Estaba acostumbrado a sobresalir por su disciplina, su pulcritud, su decencia y la, cada vez menos frecuente, seriedad en su palabra. Su vida había sido plena; no le faltó nada; no le hizo daño a nadie; no le quedó nada pendiente por concluir o resolver. Había llegado a este punto convencido de que era el momento justo para retirarse, sin dramatismos, sin preguntas no resueltas, más bien con todas las certezas abrazadas.

En el preciso instante en que el reloj marcó las 7:00 p. m., colocó sus pies vestidos con zapatos de cuero brillante y cordones armoniosamente atados, en el borde del muro desde el cual se lanzaría. Inhaló hondo y exhaló; levantó y extendió sus brazos hacia los costados, en perfecta alineación de sus manos con los hombros, y sin cavilaciones dio el salto hacia el vacío. Su mente prácticamente estaba en blanco; durante la caída solo se dedicó a percibir el paso rápido de las luces de aquellos apartamentos frente a los que dejaba volar su cuerpo. Una sensación de plenitud se instaló en toda su humanidad a punto de desaparecer, sin que hubiese tenido siquiera la necesidad de haberla invocado.



No obstante, la placidez de su entrega a la muerte se vio abruptamente interrumpida cuando pasó en caída libre frente a su apartamento y alcanzó a escuchar que en el teléfono repicaba una llamada. Un amasijo de recuerdos llegó sin control alguno hasta él, colocando ante su conciencia la cadena de acciones sucesivas que había llevado a cabo hacía algunos minutos: la taza de té, el teléfono, la voz de una mujer ofreciéndole un seguro, el discurso meloso de los funcionarios bancarios, su enojo, su llamado de atención, su irritación por el tiempo perdido, las llaves, su salida del apartamento, su ascenso por las escaleras... un momento...



Algo en la mente de Norberto impidió que siguiera haciendo su propio inventario. Una pieza no encajaba en esa sucesión de hechos, la mayoría de ellos tan milimétricamente planeados, estudiados y ejecutados. Estaba a pocos segundos de estrellarse contra el suelo y ese sonido del teléfono en su apartamento había tenido la capacidad de dejarlo en un estado de caos e incertidumbre del que no se podía despojar. Cuando ya su tiempo en la Tierra estaba a punto de expirar, descubrió qué era eso que lo inquietaba tanto y, como una explosión proveniente de todo su interior —por años medida y contenida—, Norberto se despidió de este mundo con una última frase:

—¡Hijueputa, se me quedó la taza del té sin lavar!



Este cuento se originó a partir de uno de los ejercicios que la autora desarrolló en el 2021, como integrante del “Taller de cuentos y relatos” del Fondo de Cultura Económica, a cargo del maestro y escritor Sergio Ocampo Madrid.